

NEGRITO / LA PASTORA



IJ
-ER
2

ESATURNINO CALLEJA S.A.

12 e - his
19



00040671

CV



*Editorial "Saturnino Calleja" S.A.
Apartado 447 - Madrid*

ano 1130

0.50 22620

EL NEGRITO Y LA PASTORA

LA AGUJA ORGULLOSA
BELLEZA Y MODESTIA
LA FLOR DEL LINO

BIBLIOTECA NACIONAL
ESCOLAR RECREATIVA
II
MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

Imp. «ALDUS»-SANTANDER



EL NEGRITO Y LA PASTORA

AQUEL armario debía de ser muy antiguo; seguramente se conservaba desde los tiempos de la tatarabuela. Era uno de esos grandes armarios de madera tallada con muchas figuras, flores y follajes de que tanto gustaban nuestros antepasados. Su enorme mole ocupaba una buena parte de la espaciosa habitación.

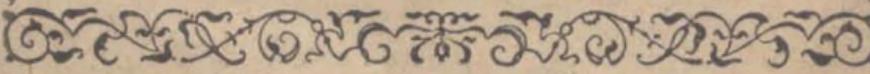
De arriba abajo estaba cuajado





de adornos; pero lo más extraño eran las esquinas, de donde salían pequeñas cabezas de ciervo con grandes cuernos. En medio del armario se había tallado una figura de la más rara apariencia: estaba siempre sonriéndose, pero no se podía decir que reía. Era un sátiro; tenía las piernas de macho cabrío, pequeños cuernos en la cabeza y una larga y afilada barba. Los niños le llamaban el gran general en jefe Pata de Cabra, nombre que puede parecer largo y difícil, pero a ellos les parecía muy sonoro y retumbante.

No lejos del armario había una





Pastorcita de porcelana.



consola, colocada bajo un gran espejo, y encima de ella estaba de pie una graciosa pastorcita de porcelana. Llevaba zapatos dorados, un traje de vivos colores hermo­seado con una rosa siempre fresca, sombrero de anchas alas y un cayado: estaba preciosa. A su lado había otra figurita: un negro, de porcelana, también cargado con haces de caña y sin más traje que un calzón muy corto, de rayas azules y carmesíes. Todo negro, de la cabeza a los pies, no cabe duda de que estaba muy gracioso. El gracioso negrito se había enamorado de la linda pastora.





La linda pastora se había enamorado del gracioso negrito, y habían decidido casarse. Cosa muy natural. Ambos eran jóvenes, hechos una y otro al mismo tamaño, de idéntica porcelana; débiles y frágiles los dos; y hasta el contraste de sus colores—tan blanca ella, tan negro él— hacía que se gustasen más mutuamente.

Cerca de ellos había otra figura tres veces más grande: era un chino viejo que sabía mover la cabeza. También estaba hecho de porcelana, y, según él decía, era el abuelo de la pastorcita, pero jamás lo había podido probar. Sostenía que tenía gran





poder sobre ella, y como era muy orgulloso y despreciaba a los negros, no quería consentir en que se casase su pastorcita con un hombre de aquella clase. El esposo que le destinaba era el sátiro general en jefe Pata de Cabra.

—¡Qué marido tan bueno tendrás si me haces caso!—le dijo un día el viejo chino—. ¡Qué marido! Es todo un noble; está hecho de caoba. Hará de ti la señora gran generala en jefe Pata de Cabra; tiene todo su armario lleno de plata, sin contar la que hay oculta en los cajones secretos; con él serás rica y feliz.



—Nunca consentiré en entrar en ese sombrío armario—dijo la pastorcita—; he oído decir que el sátiro tiene encerradas en él once mujeres de porcelana.

—¿Eso qué importa? Así completarás la docena—dijo el chino—. Esta noche, a las doce en punto, cuando el antiguo armario rechine, se hará la boda, porque lo mando yo, y basta.

Y diciendo esto, movió la cabeza con aire malhumorado, y se durmió.

Entonces la pastorcita se puso a llorar, mirando con aire de súplica al pobre negrito.





Bajaron con mucha precaución.



—Por Dios—le dijo—, ayúdame a escaparme por el mundo; no puedo continuar aquí un día más.

—Yo quiero lo que tú quieras—dijo el negro—. Escapémonos en seguida; iremos a la isla de Cuba y allí creo que podremos vivir con mi oficio de plantador de caña.

—¡Con tal que podamos bajar felizmente de la consola!—dijo ella—. No estaré tranquila mientras estemos aquí.

El negrito procuró tranquilizarla y la enseñó cómo debía poner su diminuto pie en los rebordes esculpidos y en el follaje dorado. Bajaron



con mucha precaución; pero cuando estuvieron en el suelo y dirigieron la vista hacia el antiguo armario, vieron que se había operado en él una gran transformación. Todos los cierros tallados en la madera alargaban la cabeza, se estiraban y volvían el cuello. El gran general en jefe Pata de Cabra dio un salto y gritó al viejo chino:

—¡Mira, que se escapa tu nieta de la casa! ¡Que se escapa!

Al oír estas voces, los dos muñecos se escondieron en un cajón colocado cerca de la ventana.

En aquel cajón había tres o cua-



tro barajas desparramadas e incompletas, y además un teatrillo de cartón bastante bien hecho. En aquel momento se representaba en él una comedia, y todas las sotas, así las que pertenecían a la familia de los bastos y de las espadas, como las que pertenecían a la de los oros y de las copas, estaban sentadas en las primeras filas y se abanicaban con sus tulipanes; los reyes estaban en sus palcos respectivos, presidiendo la función, y los caballos permanecían muy serios, como si asistiesen a una representación de circo. En la comedia figuraban dos jóvenes que se





amaban, pero que no podían llegar a casarse. La pastorcita lloró mucho, porque le parecía que allí se estaba representando su propia historia.

—Esta comedia me da mucha tristeza—dijo—; salgamos del cajón en seguida.

Así lo hicieron; pero al poner de nuevo el pie en el suelo y dirigir la vista a la consola, vieron al viejo chino que se había despertado y que se movía violentamente.

—El chino se despierta; estamos perdidos—gritó la pastorcita; y cayó de rodillas, toda temblorosa.

—No te asustes, tengo una idea—



dijo el negrito—. Vamos a escondernos en el fondo del cántaro que está en aquel rincón, y si viene el chino le arrojaremos agua a los ojos.

—No, sería inútil—respondió la pastora—. Yo sé que el chino y el cántaro han sido muy amigos y no estaríamos seguros. No nos queda otro remedio que salir de esta casa.

—¿Pero tendrás tú el valor necesario para hacerlo?—preguntó el negrito—. ¿Has pensado lo grande que es el mundo y que, una vez fuera de aquí, no podremos volver?

—Estoy resuelta a todo—dijo ella.

El negrito la miró fijamente, y en seguida dijo:



—Como todo está cerrado, el mejor camino que podemos seguir es el de la chimenea, pues por mucho que me tizne no pareceré más negro de lo que soy. ¿Tendrás valor para escurrirte conmigo en la estufa y trepar a lo largo de los tubos? Sólo por ellos podremos llegar a la chimenea y allí ya sabré yo arreglarme. Es necesario subir hasta lo más alto, y cuando hayamos llegado allí, ya encontraremos un agujero por el que saldremos de esta casa y entraremos en el mundo.

En seguida la llevó a la puerta de la estufa.



—¡Dios mío, qué oscuro está esto!
—dijo ella.

Sin embargo, siguió al negrito y entró en los tubos, por los que comenzaron a trepar.

—¡Ea! ya estamos en la chimenea
—dijo él, muy satisfecho—. ¡Mira, mira allá arriba, qué magnífica estrella! ¡Cómo brilla!

En efecto, brillaba una estrella en el cielo, que parecía con su claridad mostrarles el camino; mientras tanto, trepaban y trepaban; era un camino horrible, y muy dificultoso por lo alto y escurridizo; pero él la levantaba y la sostenía, y la enseña-



ba los sitios más a propósito para que pusiera sus pequeños pies de porcelana.

Así, exponiéndose cien veces a resbalar y caer, llegaron hasta el extremo de la chimenea, y allí se sentaron para descansar: tanta era la fatiga que sentían y tal necesidad tenían de hacerlo.

¡Qué hermoso espectáculo! El cielo, con todas sus estrellas, se extendía por encima de ellos, y por debajo veían extenderse los tejados de la población. Pasearon su vista todo alrededor, hasta donde podían alcanzar, y se asombraron de lo grande



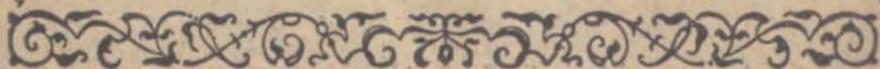
que es el mundo. La pastorcita jamás se lo había figurado tan inmenso y estaba maravillada y conmovida; apoyó su pequeña cabeza sobre el hombro del negrito, y lloró tanto, que sus lágrimas mancharon su cinturón.

—Esto es demasiado—dijo—; es más de lo que puede soportar una débil criatura como yo. El mundo es mucho mayor de lo que yo creía. ¡Oh! ¿por qué no estoy ya en la consola, al lado del espejo? Ya no seré dichosa mientras no vuelva a estar allí. Te he seguido hasta aquí; ahora, si me quieres verdaderamente, vuélveme allá abajo.



El negrito, desesperado al ver que se exponía a perder a la que ya miraba como su esposa, la hizo varios razonamientos: la recordó al viejo chino y al gran general en jefe Pata de Cabra. Pero ella sollozó tanto y suplicó tanto que el negrito tuvo que ceder, aun cuando le parecía una locura volverse atrás cuando ya estaba hecho lo más difícil.

Empezaron, pues, a bajar con mucho trabajo por la chimenea, se escurrieron por los tubos y llegaron a la estufa; ciertamente, aquel no era un viaje de placer. Se detuvieron a la puerta de la oscura estufa para





escuchar lo que pasaba en la habitación.

Reinaba un profundo silencio, y asomaron la cabeza fuera para ver. ¡Ah! el viejo chino yacía en el suelo; se había caído de la consola al querer perseguirles y se había roto en pedazos. La cabeza estaba separada del resto del cuerpo y había rodado hasta un rincón. El gran general en jefe Pata de Cabra seguía en la misma posición y parecía meditar profundamente.

—Esto es terrible—dijo la pastorcita—, el pobre chino se ha roto en pedazos, y nosotros somos la única





causa. ¡Oh! ¡no podré sobrevivir a esta desgracia!

Y se retorció sus manecitas de porcelana, derramando abundantes lágrimas.

—No se ha perdido todo; aun podrá pegársele con cola—dijo el negro—; sí, todavía tiene compostura. Vaya, no te desconsueles; poniéndole una buena laña en la nuca quedará tan sólido como si fuera nuevo, y aun podrá decirnos una porción de cosas desagradables y oponerse a nuestro cariño.

—¡Ojalá sea verdad!—dijo la pastora—. Porque yo te quiero mucho,



Yacía en el suelo.



pero quiero también al pobre chino.

Y no sin trabajo treparon a la consola, donde adoptaron la misma posición que tenían antes de la escapatoria.

—Vaya, ya estamos de vuelta— dijo el negrito con mal humor—; habríamos podido ahorrarnos este trabajo.

—¡Oh! daría cualquier cosa porque encolasen pronto al chino—dijo la pastora—. ¿Cuesta eso muy caro?

Los dueños de la casa encolaron al viejo chino. Le pusieron también una buena laña en el cuello, y se quedó como nuevo; pero ya no podía mover la cabeza.



—Me parece que está usted muy orgulloso desde que se rompió—le dijo un día el gran general en jefe Pata de Cabra—. Me parece que no tiene usted razón ninguna para mostrar tanta seriedad; en fin, ¿quiere usted darme la mano de la pastorcita? ¿Sí, o no?

El negrito y la pastorcita miraron fijamente al viejo chino, resueltos a volverse a escapar en caso necesario. Temían que comenzase a mover la cabeza; pero no podía moverla y además se avergonzaba de contar que tenía una laña en el cuello, de modo que el sátiro atribuyó





su silencio a desprecio, y, ofendido, cortó toda relación con él y no volvió a dirigirle la palabra.

Gracias a esto, los dos jóvenes de porcelana continuaron juntos; bendijeron la laña del chino, se casaron y se amaron con ternura, hasta el día fatal en que se rompieron a su vez y no tuvieron compostura posible.

FIN DE «EL NEGRITO Y LA PASTORA»



LA AGUJA ORGULLOSA

HAY agujas tan vanidosas como algunas personas. Yo he conocido una de zurcir, bastante ordinaria, que creía ser tan fina como una aguja de coser.

—Tened mucho cuidado conmigo y agarradme bien—decía la gruesa aguja a los dedos que se disponían a cogerla—. No me dejéis caer; porque si caigo al suelo, estoy segura



de que no me encontraréis jamás.
¡Soy tan fina y tan delgadita!

—No se haga usted la interesante, que no hay por qué—dijeron los dedos; y la agarraron por en medio del cuerpo.

—Atención, que ya llego con mi séquito—dijo la aguja, tirando hacia sí de un largo hilo.

Los dedos clavarón la aguja en una de las zapatillas de la cocinera, que estaba rota en la parte superior y era necesario remendarla.

—¡Qué tejido tan grosero!—dijo la aguja—. Nunca lo podré atravesar; me quiebro, me quiebro.





Y, en efecto, se rompió; pero no por fina, sino por demasiado ordinaria.

—¿No lo decía?—exclamó—; soy demasiado fina.

—Ahora ya no vale para nada—dijeron los dedos.

Pero continuaron teniéndola agarrada. Se había roto muy cerca del ojo; la cocinera, que no gustaba de tirar nada que pudiera servir para algo, la puso una cabeza de cera y se sirvió de ella para sujetarse la toquilla.

—Ya estoy convertida en broche—dijo la aguja—. Sabía yo perfec-





tamente que llegaría a obtener grandes honores. Cuando se tiene méritos no se puede menos de llegar a ser alguna cosa.

Al decir esto, se contoneaba con orgullo, como el cochero de una carroza de ceremonia, y miraba hacia todos lados con desprecio.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme si es de oro?—la preguntó su vecino el alfiler—. Tiene usted magnífico exterior y una cabeza verdaderamente extraordinaria; solamente que es demasiado pequeña. Haga usted algunos esfuerzos para que se haga más gruesa.



Se disponía a lavar.



Oyendo estas palabras, la orgullosa aguja se enderezó, y estiró tanto la cabeza, que se cayó desde la toquilla hasta el fregadero que la cocinera se disponía a lavar.

—Me prepararé a viajar—dijo la aguja—, porque yo no puedo perderme. Soy demasiado notable para que me olviden.

Pero, a pesar de sus ilusiones, se perdió.

—Soy demasiado fina para este mundo—se dijo mientras yacía en el fregadero—. Pero sé demasiado lo que valgo y esto es siempre una satisfacción.



Y conservó su aire orgulloso con todo su buen humor, mientras pasaban sobre ella una multitud de cosas: maderos, pajas y pedazos de antiguos periódicos.

—¡Con qué tranquilidad nadan todas estas cosas!—dijo—; no saben lo que por casualidad se encuentra debajo de ellos: si lo supieran, no se atreverían a moverse de respeto. He ahí un pedazo de madera que va pasando y no piensa en nada en el mundo más que en sí mismo, en un pedazo de madera..... Allá hay una paja que va viajando. ¡Cómo se revuelve, cómo se agita! No vayas de





ese modo sin tener cuidado; podrías darte un golpe contra una piedra. Y este pedazo de periódico, ¡cómo se pavonea! Sin embargo, hace ya mucho tiempo que el mundo ha olvidado lo que en sus columnas se decía. Sólo yo continuo indiferente y tranquila: conozco mi valor y lo conservaré siempre.

Pasado algún tiempo, vio a su lado un objeto que tenía un brillo magnífico y que la aguja tomó por un diamante. Era un casco de botella. La orgullosa aguja le dirigió la palabra, porque relucía y lo tomó por algo importante.



—Creo que tengo el gusto de hablar con un diamante—dijo.

—No soy tanto, señora mía, aunque me aproximo mucho.

Cada cual de los dos se persuadió de que el otro tenía un gran precio, y su conversación versó principalmente sobre el orgullo que reina en el mundo.

—Yo he vivido en una caja que pertenecía a una señorita—dijo la aguja—. Esta señorita era cocinera. En cada mano tenía cinco dedos, y jamás he conocido nada tan orgulloso y tan vano como esos dedos, y, sin embargo, no habían sido hechos

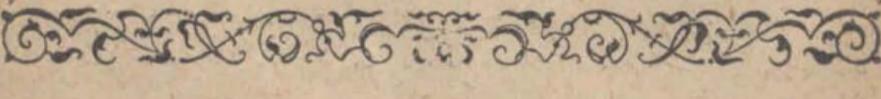




más que para sacarme de la caja y guardarme en ella.

—¿Eran quizá esos dedos nobles de nacimiento?—preguntó el casco de botella.

—¡Nobles—replicó la aguja, —no!; pero lo que es a orgullosos no los ganaba nadie. Eran cinco hermanos..... y todos habían nacido..... dedos. Se mantenían orgullosamente uno al lado del otro, aunque con diferente longitud. El de más afuera, el pulgar, corto y ancho, se quedaba separado; como sólo tenía una articulación, no se podía doblar más que en un solo sitio; pero era muy vanido-



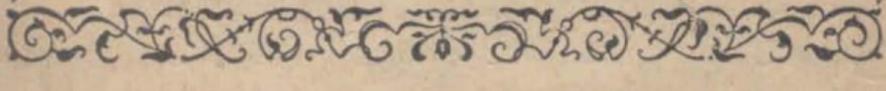


so, y decía que si una persona lo hubiese perdido, no sería útil para ciertos trabajos.

»El segundo dedo probaba unas veces las confituras y otras la crema; señalaba el sol y la luna, y era el que se apoyaba sobre la pluma cuando escribía su dueña.

»El tercero, tan largo como poco útil, miraba por encima del hombro a todos los demás.

»El cuarto llevaba un cinturón de oro; y el último, el pequeño, no servía para nada de provecho; pero, eso sí, era extraordinariamente orgulloso. Entre ellos no se veía más que





fanfarronería, y llegaron ya a fastidiarme; por eso los he dejado.

—En cambio ahora lo eclipsamos aquí todo con nuestro esplendor—dijo el casco de botella.

En aquel momento vertieron agua en el fregadero. El agua llegó hasta los bordes, hasta que se vertió, arras-trándoles a los dos.

—Vaya, gracias a Dios que al fin echamos a andar—dijo la aguja.

El casco de botella continuó su camino, pero la aguja se detuvo en el arroyo.

—De aquí no me muevo—dijo—; soy demasiado fina y tengo derecho a sentirme orgullosa.



Buscaban clavos viejos.



En efecto, allí se quedó entregada a sus grandes pensamientos, sin que nadie la hiciera caso.

—Acabaré por creer que he nacido de un rayo de sol: tan fina soy. Me parece que los rayos de sol vienen a buscarme hasta en el agua. Pero soy tan fina, que ni mi madre podría encontrarme. ¡Si tuviera aún el ojo que me arrancaron, podría a lo menos llorar! No, no quiero llorar; eso sería una debilidad indigna de mí.

Cierto día se pusieron unos niños a escarbar en el arroyo. Buscaban clavos viejos, objetos de cobre y otras riquezas semejantes. El trabajo era



poco agradable; pero ¿qué queréis?, en él hallaban un placer, y cada cual lo busca donde lo encuentra.

—¡Oh, aquí, aquí!—gritó uno de ellos pinchándose con la aguja—. Aquí hay una barra.

—¿Quién me ha llamado barra? Soy una señorita distinguida—dijo la aguja.

Pero nadie le hizo caso. Entretanto, la cera se había desprendido, y la aguja se había puesto llena de herrumbre desde los pies a la cabeza; pero el óxido hace tomar un tamaño más esbelto, y como además la vanidad es ciega, la aguja se creía más fina que nunca.



—Por allí viene una cáscara de huevo—dijeron los muchachos; y unieron la aguja a la cáscara.

—Esto es lo que se llama tener suerte—dijo la aguja—. Ahora debo hacer efecto, puesto que soy negra y las murallas que me rodean son blancas completamente. ¡Se me ve, y las gentes no pensarán en otra cosa que en mí! Con tal que no me maree, todo irá bien.

No se mareó, y esto aumentó su júbilo.

—¡Qué felicidad es tener el vientre de acero cuando se viaja por los mares!—añadía—. Véase cómo val-





go yo más que un hombre. ¿Quién puede envanecerse de tener un vientre semejante? Esto sí que es estar bien constituido.

¡Crac!, hizo el huevo. Era que un coche había pasado corriendo sobre él.

—¡Santos cielos! ¡Qué osadía! ¡Atreverse conmigo un coche cualquiera!—dijo la aguja—; creo que me ha ocurrido una desgracia; he sentido una opresión muy grande: debo de haberme quebrado.

Sin embargo, aunque el carruaje había pasado sobre ella, era tan insignificante que no se había quebra-



do. Seguía como anteriormente, extendida todo a lo largo en el arroyo, y en él se quedó, sin que, a pesar de su vanidad, se fijase en ella nadie, ni aun el más ínfimo de los traperos.

FIN DE «LA AGUJA ORGULLOSA»



BELLEZA Y MODESTIA

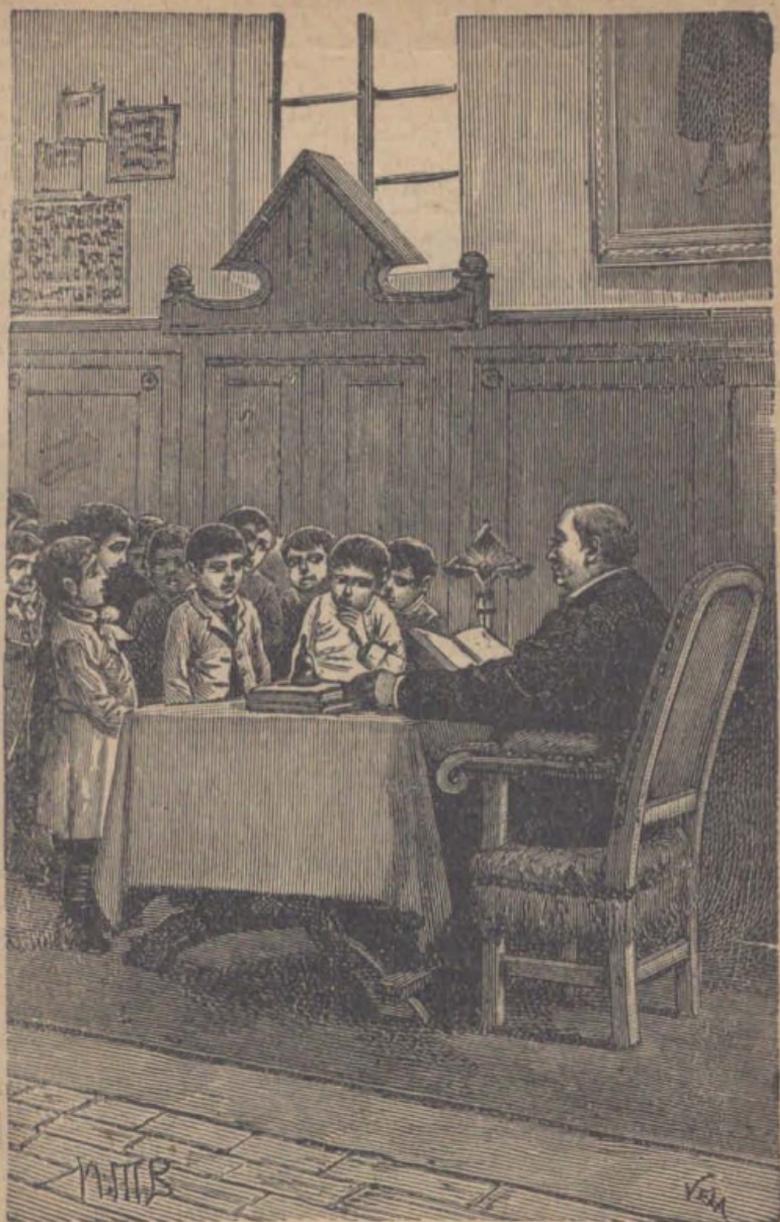
CERCA de un camino estaba situada una linda casita de campo. Tenía por delante un jardinito, con muchas y variadas flores; un poco más allá, en la orilla de un lago, en medio de la hierba espesa, florecía una margarita. Gracias al sol, que la calentaba con sus rayos, lo mismo que a las más hermosas flores del jardín, se la veía crecer de hora en hora. Una mañana pudo



vérsela ya enteramente abierta, con sus hojitas blancas y brillantes, y entonces parecía un sol en miniatura rodeado de sus rayos. Era tan modesta, que no la mortificaba la idea de que se la viera en la hierba y se la mirase como una flor insignificante. Contenta con su suerte, aspiraba con delicia el calor del sol, y escuchaba embelesada el canto de la alondra que se elevaba por los aires.

Aquel día estaba la margarita tan contenta como si fuera un domingo, y, sin embargo, era lunes; verdad es que para las flores todos los días son de fiesta. Mientras los niños apren-





Aprendían sus lecciones.



dían sus lecciones, sentados en los bancos de la escuela, ella, sentada en su tallo, sabía apreciar por la hermosura de la Naturaleza la bondad de Dios, y le parecía que todo lo que ella sentía en silencio, la alondra lo expresaba perfectamente con sus canciones alegres.

Miraba, pues, con una especie de respeto al feliz pajarillo que cantaba y volaba, pero no sentía ninguna clase de tristeza por no poder hacer otro tanto: no era envidiosa.

—Veo y oigo—pensó—; el sol me calienta, el viento me acaricia. Si en vez de estimar tan buenas fortu-



nas me quejara, sería muy descontentadiza.

En el jardín había muchas flores, tiesas y distinguidas; cuanto menos perfume tenían, más tiesas estaban. Las peonías se hinchaban para aparecer más grandes que las rosas; pero no es el tamaño lo que hace encantadoras a las rosas, sino su aroma sin igual. Los tulipanes brillaban por la belleza de sus colores y se pavoneaban con orgullo aristocrático. De vez en cuando lanzaban miradas desdeñosas a la margarita, mientras la pobrecilla les admiraba, diciendo: «¡Qué ricos y qué bellos son! Sin



duda, el hermoso pájaro que se aproxima va a visitarles. A Dios gracias, podré asistir a este magnífico espectáculo.» En aquel momento la alondra dirigía su vuelo hacia el jardín; pero no se detuvo cerca de las peonías y los tulipanes, como la margarita había supuesto, sino que se dirigió hacia la hierba cerca de la cual estaba la humilde flor, que, asustada de alegría, no sabía qué pensar.

El pajarillo se puso a saltar alrededor de ella, cantando: «¡Qué blanda y suave está la hierba! ¡Oh, qué preciosa es la florecilla de corazón de oro y vestidos de plata!»



¿Cómo dar una idea de la alegría de la flor? El pájaro la besó con su pico, cantó alegremente delante de ella, diciéndola mil cosas dulces y agradables, y en seguida se remontó al azul del cielo.

Pasó mucho tiempo antes de que la margarita pudiera reponerse de su emoción. Ruborosa, aunque entusiasmada en el fondo de su corazón, apenas se atrevía a mirar a las demás flores que estaban en el jardín. Habían sido testigos del honor de que era objeto, y debían comprender su alegría; pero los tulipanes se conservaban aún más tiesos



que antes y su rostro rojo y puntiagudo expresaba el despecho de su vanidad herida. Las peonías tenían la cabeza hinchada. No tuvo poca suerte la pobre margarita con que no pudiesen hablar; la habrían dicho cosas muy desagradables. La florecilla lo comprendió así, y se estremeció al pensar en el mal humor de aquellas flores.

Pasado un rato, una joven, armada con grandes tijeras, muy afiladas, se acercó a los tulipanes y los cortó uno después de otro.

—¡Infelices flores, tan bellas y arrogantes!—dijo la margarita, sus-





Los cortó uno después de otro.



pirando—. ¡Oh! Es espantoso lo que con ellas acaban de hacer.

Y mientras la joven se llevaba los tulipanes, la margarita daba gracias a Dios por no ser más que una florecilla nacida entre las hierbas. Cuando llegó la noche, la margarita cerró sus hojas, se durmió y tuvo sueños encantadores, en que se la aparecían el sol y el pajarito.

A la mañana siguiente, cuando la margarita despertó, abriendo sus hojas al aire y al sol, reconoció la voz del pajarito, pero su canto era muy triste. La pobre alondra tenía buen motivo para estar afligida: la habían

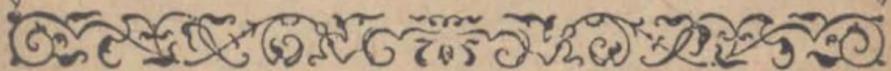




cogido y encerrado en una jaula colgada en una ventana. Cantaba el placer de la libertad, la belleza de los verdes campos y sus antiguos viajes al través de los aires.

Con todo su corazón habría querido la margarita ayudarla para que recobrase su libertad; pero ¿qué había de hacer? ¡Era tan débil! La compasión que sentía por el pobre pajarito cautivo la hizo olvidarse en seguida de las bellezas que la rodeaban, del dulce calor del sol y de la blancura brillante de sus propias hojas, y quedó triste y pensativa.

Se hallaba sumergida en doloro-





sas reflexiones, cuando entraron en el jardín dos niños; el mayor llevaba en la mano un cortaplumas de hojas muy brillantes. Se dirigían hacia la margarita, que, sin poder comprender lo que querían, temblaba como una azogada.

—Vamos a arrancar un buen montón de hierba para la alondra—dijo uno de los chicos, y principió a marcar un cuadro profundo alrededor de la florecilla.

—Arranca esa flor y tírala al suelo—dijo el otro.

Al oír estas crueles palabras, la margarita tembló de espanto. Ser



Lo meteremos en la jaula.



arrancada era perder la vida, pero jamás había bendecido tanto la existencia como en aquel momento, en que esperaba entrar con la hierba en la jaula de la alondra prisionera.

—No—repuso el mayor—; así está bien. Conservaremos el pedazo de tierra en que está y lo meteremos todo en la jaula.

Fue la margarita conservada con sus raíces, y entró en la jaula de la alondra.

Mientras tanto, el pajarito se quejaba amargamente de su cautividad y golpeaba con el pico y las alas los alambres de la jaula.



La margarita hubiera querido hacerle oír una palabra de consuelo, pero no sabía hablar; sólo sabía sentir.

Así pasó la mañana.

—No hay agua aquí—gritó el prisionero—; mis carceleros han salido sin dejarme una gota de agua. Mi garganta está seca y abrasada, tengo una fiebre terrible, me ahogo. ¡Ah, infeliz de mí! Moriré lejos del sol brillante, lejos del fresco verde y de todas las magnificencias de la creación, yo, que antes surcaba el cielo azul y me embriagaba de gozo





viendo debajo de mí las copas de los árboles y las cumbres de los montes.

Después hundió su pico en la hierba húmeda para refrescarse un poco. Sus ojos encontraron a la margarita y la hizo un saludo amistoso con la cabeza, diciéndole al abrazarla:

—Tú también, amiga mía, pobre florecilla, morirás aquí abandonada. En cambio del mundo que tenía a mi disposición, me dan algunas hierbecitas y a ti solamente por compañía. Cada hierba debe ser para mí un árbol; cada una de tus hojas





blancas una flor olorosa. ¡Ah! tú me recuerdas todo lo que he perdido.

—¡Qué feliz sería si pudiese consolarle!—pensó la margarita, incapaz de hacer el menor movimiento.

Aquella flor, toda abnegación y ternura, olvidaba sus propios sufrimientos para no pensar más que en los del pajarito.

El perfume que exhalaba se hacía más fuerte que de ordinario; el pájaro lo advirtió, y aunque languidecía con una sed devoradora que le obligaba a arrancar las hierbas una





Vieron al pájaro muerto.



a una, tuvo mucho cuidado de no tocar a la flor.

Llegó la noche y nadie fue por allí a llevar una gota de agua a la desgraciada alondra. Entonces la infortunada avecilla extendió sus hermosas alas, sacudiéndolas convulsivamente, y dejó oír una canción melancólica. Su cabecita se inclinó hacia la flor, y su tierno corazón, roto por el deseo y el dolor, dejó de palpar.

Al contemplar tan amargo espectáculo, la margarita no pudo, como la víspera, cerrar sus hojas para dormir; enferma de tristeza, inclinó ha-



cia la tierra su cabecita de oro y plata.

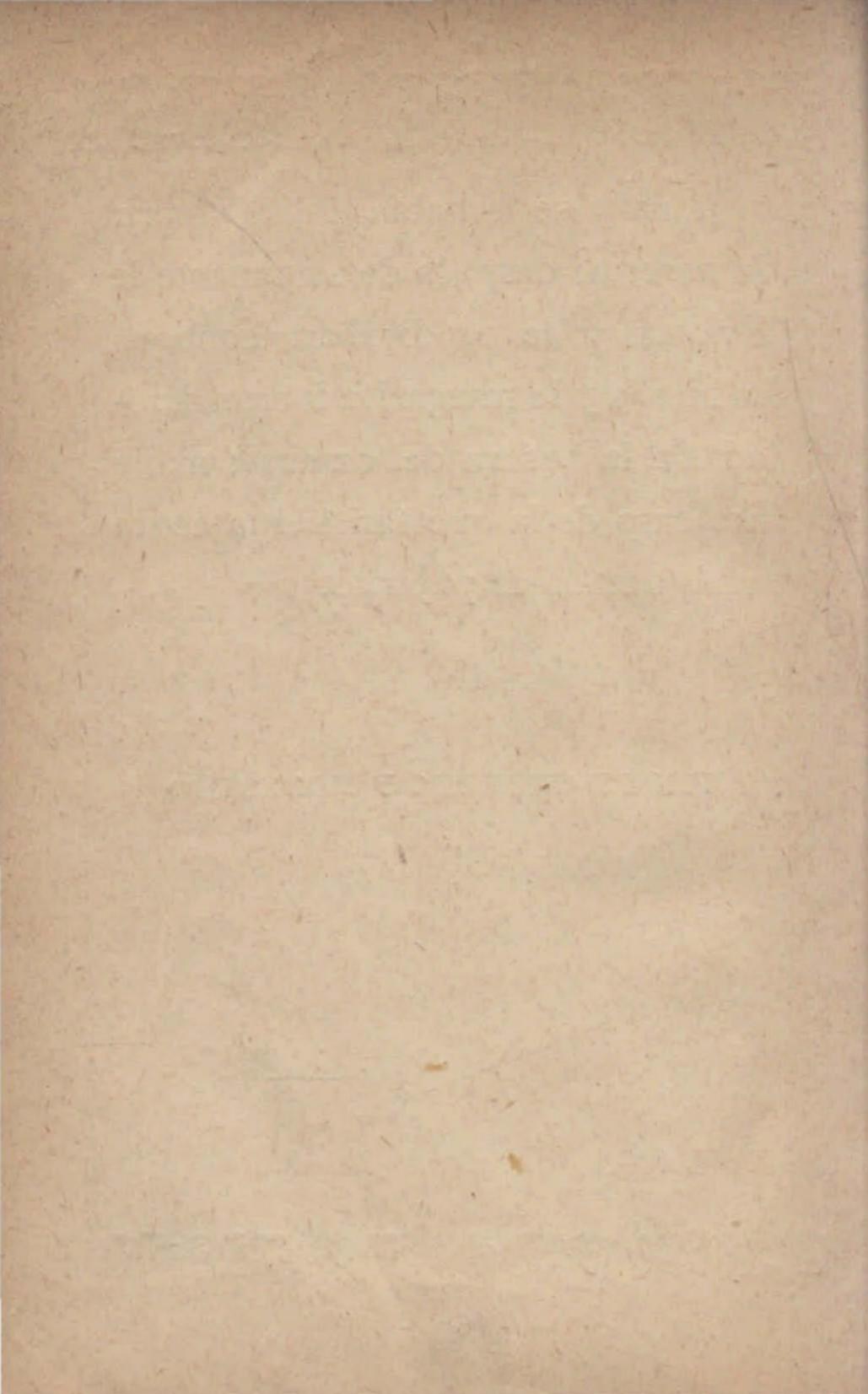
Los niños no volvieron hasta la mañana siguiente. Cuando vieron al pájaro muerto y el cacharro del agua sin una gota, lamentaron su descuido y vertieron lágrimas de compasión. Inmediatamente cavaron una fosa destinada al pajarito. El cuerpo, encerrado en una bonita caja de color carmesí, fue enterrado como el de un rey y sobre la tumba esparcieron muchas rosas.

¡Pobre pajarito! Mientras vivía y cantaba había estado olvidado en



su jaula y se le había dejado morir de miseria; después de su muerte le lloraban y le prodigaban honores. La hierba y la margarita fueron arrojadas a la basura' del camino; nadie hizo caso de la que tan tiernamente había amado al pajarito.

FIN DE «BELLEZA Y MODESTIA»





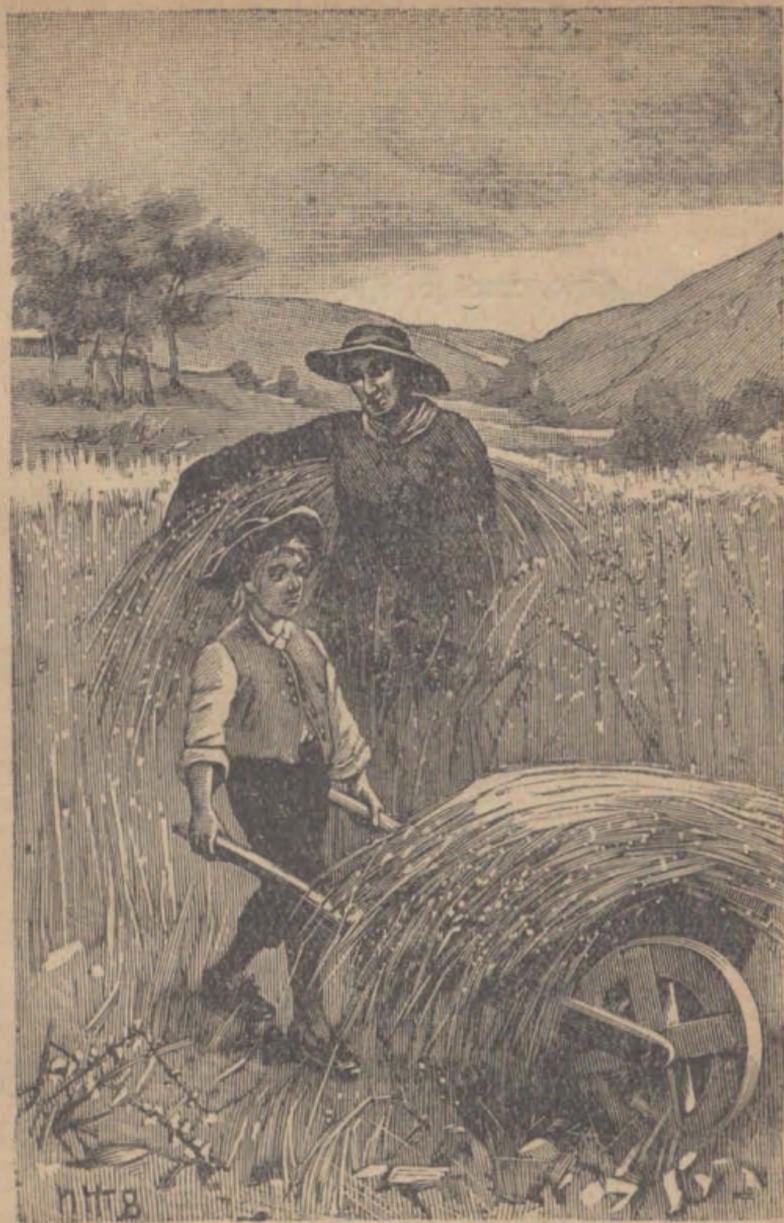
LA FLOR DEL LINO

FLORIDO estaba el lino. Azuladas eran sus flores; admirablemente bellas, finas y transparentes como las alas de una libélula. El astro del día derramaba sus rayos sobre el lino, y las nubes le rociaban, hermo-seándole, como una buena madre a su niño cuando le lava y le da un beso. ¡Cuán lindos se ponen una y otro!



—Presento agradable aspecto, según dicen los que me ven—dijo el lino—; alcanzaré un gran tamaño y llegaré a ser una magnífica pieza de rica tela. ¡Qué satisfecho estoy! ¡No puede haber felicidad mayor que la mía! Me siento muy bien y vislumbro un esplendoroso porvenir. ¡Cuánto me alegra el calor del sol! ¡Cuánto me agrada la lluvia refrescante! Sí, estoy todo lo contento que se puede estar.

—Sí, sí, sí—dijeron las ramas del seto—; usted no tiene experiencia del mundo; pero nosotras sí.



Lo arrancaron de raíz.



Y ásperamente rechinando, cantaron:

¡Cric, crac! ¡cric, cruc, crac!
¡Se acabó! ¡se acabó! ¡se acabó!

—Aun no—respondió el lino—; hace hoy una mañana hermosa, brilla el sol, la lluvia me refresca y me hace crecer y florecer. ¡Ah! Me siento muy feliz.

Mas ¡ay! llegó un día en que se presentaron unos sujetos, que, cogiendo al lino como una cabellera, lo arrancaron de raíz, haciéndole muchísimo daño. Pusiéronle luego en agua, como si pretendieran ahogarle,



y después a la lumbre, como si le quisieran quemar. ¡Qué crueldad!

—No se puede ser siempre feliz—se dijo el lino—; es forzoso sufrir, ya que sufriendo se aprende.

Pero los sufrimientos no cesaron. Le quebrantaron, le rastrillaron y le hilaron sin que él comprendiera el motivo de todo aquello. Luego le sujetaron a la rueca, y ¡rut! perdió al instante la cabeza.

—Bastante dichoso he sido—se dijo—, a pesar de mis sufrimientos. Aun de perder los bienes debemos regocijarnos.





Y repetía: «regocijarnos, regocijarnos»; y cuando estaba ya en el telar, llegó a ser una magnífica pieza de tela.

Los trescientos metros de lino eran un solo pedazo.

—¡Esto es verdaderamente admirable; nunca lo hubiera imaginado! ¡Qué fortuna la mía! ¿Qué querían decir, pues, los palos del seto con su

¡Cric, crac! ¡cric, cruc, crac!

¡Se acabó! ¡se acabó! ¡se acabó!

¡Vaya! ¡como que apenas comienzo a vivir!..... ¡Esto es portentoso! Es verdad que he sufrido mucho; pero





ya estoy satisfecho y contento para siempre. ¡Soy tan resistente, tan blando, tan dilatado! ¡Diferencia va de cuando sólo tenía la condición de planta! Nadie me cuidaba entonces, y no disfrutaba de otra agua que la de las nubes. Ahora, por el contrario, ¡qué de cuidados! Todas las mañanas las muchachas me retuercen, y por las tardes se me refresca con la regadera. ¡Como que hasta el ama del señor párroco ha pronunciado un discurso en mi elogio y ha probado elocuentemente que soy el pedazo de lienzo más hermoso de la parro-





quia! Lo dicho: ¡no puedo ser más feliz!

Llevada la pieza a casa, fue presa de las tijeras. La cortaron y recortaron en varias formas, y fue sometida a las punzadas de la aguja. No era esto muy de su agrado; pero, en cambio, pronto se vio convertida en doce hermosas camisas.

—No lo hubiese creído; pero la verdad es que desde hoy es cuando soy algo. Este es mi destino; soy estimada por mi utilidad en el mundo. Y esto es verdaderamente necesario para estar uno satisfecho de sí



Con su lectura.



mismo. Somos doce partes de una pieza, es claro, pero formamos una sola familia de doce hermanas. ¿Puede desearse mayor ventura?

Pasaron los años y la tela se desgastó.

—No hay más remedio que todo tenga su fin—murmuró, resignada, cada pieza—. Aun podría tirar algo más; pero ¿a qué pedir gollerías?

Reducidas a guiñapos y jirones, creyeron llegado ya su fin, porque fueron desmenuzados, molidos, triturados y cocidos en masa todos, sin comprender para qué. Luego se vie-





ron convertidos en finísimo papel blanco.

—¡Qué sorpresa tan agradable, tan maravillosa!—exclamó el papel—. Estoy de mejor ver que en mis mejores tiempos, y me llenarán de escrituras, de concepciones gráficas, de signos científicos. ¡Qué de ideas se expresarán en mí! Mi buena suerte a ninguna es comparable.

En él se escribirían obras literarias, históricas y científicas admirables, que serían leídas por millares y millones de personas, que con su lectura se instruirían y deleitarían. Se-



ría un grande honor para el papel
contener tales escritos.

—Verdaderamente, nunca pude figurarme yo, cuando vivía engreído con mis florecillas azules en el campo, que había de llegar a tan alto ministerio. ¿Cómo había de suponer que podría ser necesario un día para instruir y dignificar a los hombres? Bien sabe Dios que nunca he ambicionado nada: me he contentado con vivir modestamente, y poco a poco me he ido elevando hasta la mayor gloria. Cada vez que recuerdo aquella insidiosa amenaza de «¡Se acabó!



¡se acabó! ¡se acabó!», adquiere todo, por el contrario, un aspecto mas venturoso y más esplendente para mí. Ahora me harán viajar, recorrer toda la tierra, para que todos los hombres puedan consultarme. En otros tiempos me adornaba con florecillas azuladas; ahora las flores con que me engalano son los pensamientos más sublimes, las ideas más elevadas. Soy feliz, ¡no se puede ser más feliz!

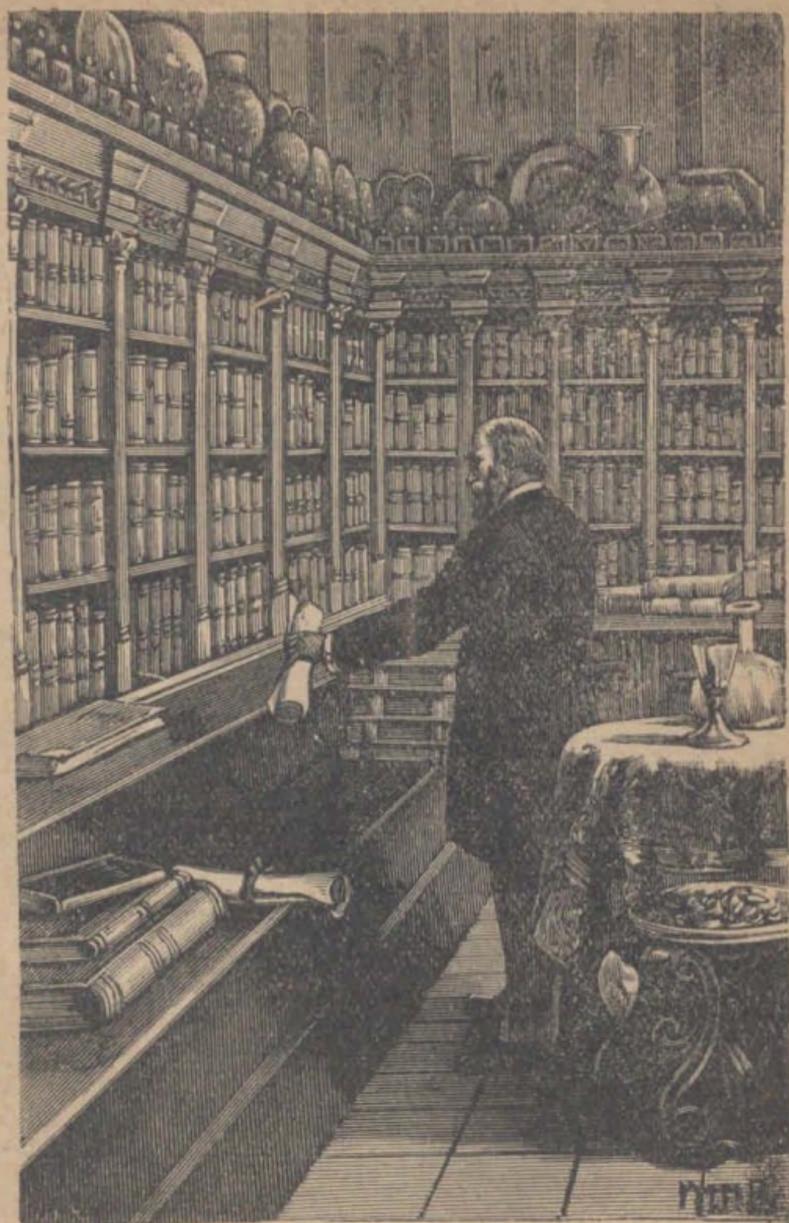
Pero el papel manuscrito no viajó; un impresor hizo de todo lo que contenía escrito un libro impreso en cen-



tenares y miles de reproducciones, que se extendieron por todo el mundo, llevando la ilustración y la alegría a los hombres, y las más elevadas ideas de su dignidad. El pedazo de papel manuscrito no habría podido prestar tan gran servicio, aun dando la vuelta al mundo. A la mitad de su carrera se habría gastado y deshecho.

—Efectivamente que es buena precaución—dijo el papel—; no había caído en ello. Yo debo quedarme en casa para ser considerado en ella como venerable abuelo de tan hon-





Colocado en un estante.



rada y numerosa descendencia; yo fui, yo, el primero que recibió la idea, después tantas veces reproducida; las palabras se deslizaron directamente del cerebro a mí por medio de la pluma; me quedo muy honrado, pues, en mi casa, y los volúmenes que vayan por el mundo, como apóstoles de luz, a enseñar a los hombres, tienen una misión magnífica, sin duda alguna; pero yo estoy contento con la mía, y soy dichoso.

El papel fue cuidadosamente colocado en un estante, formando un legajo.



—Justo es descansar después de terminada la tarea—dijo—. En los cambios de la suerte es donde recibe uno las enseñanzas para conocerse. Hasta hoy no he llegado a saber cuánto valgo, y conocerse a sí mismo es el gran fundamento de la sabiduría. ¿Qué será de mí ahora? No hay que dudarlo: seguiré progresando.

Tiempo después el venerando legajo fue llevado a la chimenea para ser quemado, por no ofender su respetabilidad arrojándolo al cesto de los papeles inútiles.





Los niños de la casa acudieron todos para verle arder y deleitarse, después de extinguida la llama, contemplando esas mil estrellitas rojas que parecen gusanillos de fuego pululando en los rebordes de la pavesa, con vida instantánea.

Todo el legajo fue arrojado a la lumbre. ¡Cómo ardió! ¡Ay! no fue más que una llama, ¡tan alta, tan alta!..... que jamás el lino habría podido crecer como ella, ni ostentar sus florecillas azules tan elevadas; resplandecía como jamás había brillado la blancura del lienzo. Todas



Los niños de la casa.



las letras, durante un momento, se pusieron rojas; todas las frases, todos los pensamientos se volatilizaron en lenguas de fuego.

—Ahora voy a subir rápidamente hasta el sol—dijo una voz en la llama, semejante a mil voces en una reunidas.

La llama, en brillantes piras, salió por la boca de la chimenea, y por toda ella revoloteaban pequeños seres, invisibles a los ojos de los hombres. Precisamente eran en número igual a las florecillas que había ostentado el lino. Más tenues que la





llama que las produjera, cuando ésta se extinguió, cuando no quedó nada de papel en la negra ceniza, aun bullían sobre ésta y formaban, disipándose, chispitas rojas, que apenas nacidas se apagaban.

Alrededor de la negra ceniza, los niños de la casa cantaban en corro:

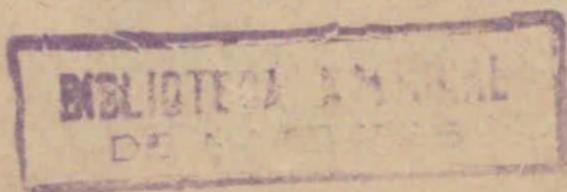
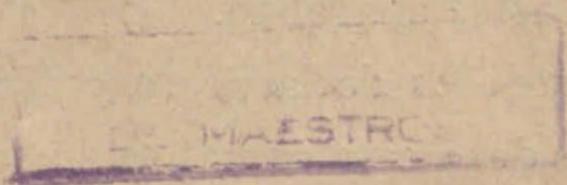
¡Cric, crac, ¡cric, cruc, crac!

¡Se acabó ¡se acabó! ¡se acabó!

Pero cada uno de los seres microscópicos decía:

—No, no, y mil veces no; esto no ha terminado; precisamente lo hermoso del cuento comienza ahora; pero lo sé yo y me basta.

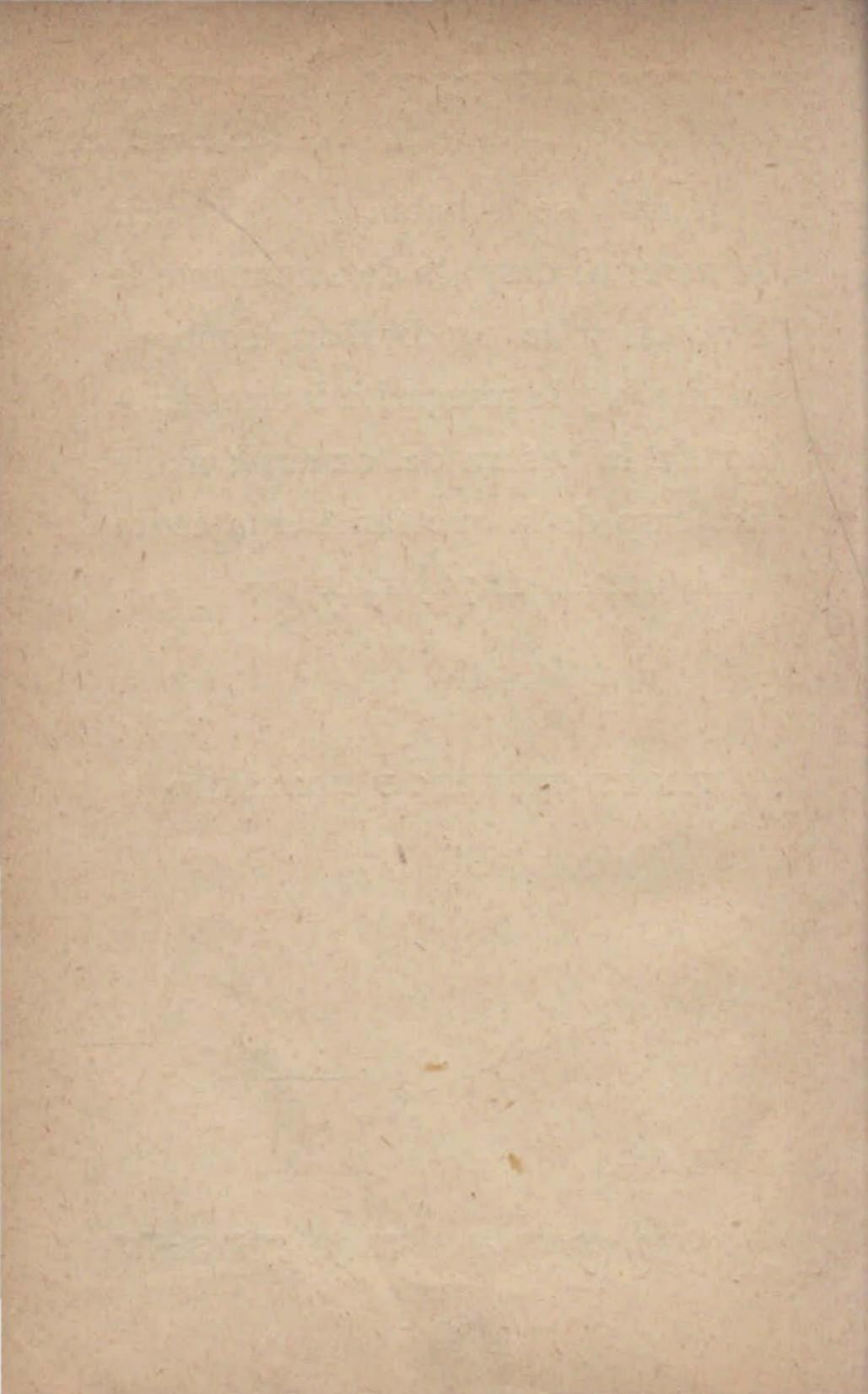
Los niños no pudieron entender tales palabras, pero tampoco mostraron gran interés en ello; hicieron bien; los niños no pueden ni deben saberlo todo de una vez.





ÍNDICE

	<u>Páginás</u>
El negrito y la pastora.	5
La aguja orgullosa	29
Belleza y modestia	47
La flor del lino	69



BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA

Tomos en 8.º (153 × 106 mm.), de 96 páginas, con
muchos grabados.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. La almendrita.
2. El negrito y la pastora.
3. Los príncipes encantados.
4. Paraíso y tentación.
5. La Caperucita roja.
6. Nicolásón y Nicolasillo.
7. La reina de las hormigas.
8. Cuentos extraordinarios.
9. Premio de la virtud.
10. Aventuras del barón de la Castaña.
11. Los dos gemelos.
12. Los cuentos de Fernandillo.
13. La medalla de la Virgen.
14. El príncipe generoso.
15. El pedazo de plomo.
16. Los cuarenta ladrones.
17. El imperio submarino.
18. El tulipán negro.
19. La fuente de los leones.
20. El alcázar de la dicha.
21. Los sobresaltos de un sastre.
22. El lenguaje de las bestias.
23. Historia de un rey tuerto.
24. Por ambicioso.
25. El rosal.
26. Itha, condesa de Toggenbourg.
27. El joven ermitaño.
28. La Nochebuena.
29. El corderito.
30. Los huevos de Pascua.
31. Narrador infantil.
32. Capullo rojo.
33. El silbato prodigioso.
34. El príncipe Afán.
35. La senda de la fortuna.
36. Los tres ciegos.

CVENTOS DE CALLEJA



*Editorial "Saturnino Calleja" S.A.
Apartado 447 - Madrid*

